

## LA CRISIS COMO CATEGORÍA ANTROPOLÓGICA Y ESPIRITUAL

*Las crisis son situaciones transitorias constitutivas del propio crecimiento del ser vivo. Crisis se encuentran en la cosmología, en la biología, en la psicología, en la historia y en la sociedad. También en el progreso de los conocimientos y en el desarrollo de la vida espiritual. No son solo inevitables sino también necesarias: indican el paso de una etapa a otra. Este paso es siempre incómodo, difícil e incluso peligroso, porque se desestabiliza lo que estaba en equilibrio. Tras la crisis, se necesita habilidad, valor, tiempo y paciencia para lograr una renovada armonía.*

*La crisi come categoria antropologica e spirituale, La Civiltà Cattolica (2013).*

### **Etimología y significado de la palabra**

El término “crisis” deriva del griego *krinein* (separar, distinguir). Se puede decir que crisis es cualquier cosa que implica una ruptura y lo que se rompe debe analizarse. De la misma raíz deriva el término “crítica”, como una observación que intenta comprender y tomar posiciones ante aquello que se le presenta.

En lengua china, “crisis” tiene dos acepciones: peligro y oportunidad. El peligro nos pone en guardia y esto tanto puede significar un retroceso o bien disposición a avanzar. El riesgo consiguiente estimula, pero su carácter amenazante puede paralizar. De aquí la segunda palabra: “oportunidad”, la cual indica que tal situa-

ción puede ser también una ocasión para realizar un salto de calidad y de crecimiento.

Este es el desafío que comporta toda crisis: puede provocar un retroceso y un decaimiento; o bien, al contrario, ofrece impulsos para avanzar. Para afrontar la situación en la segunda opción, se requiere una confianza que promueve una potencialidad latente, que todavía no se ha manifestado.

Las crisis son situaciones transitorias constitutivas del propio crecimiento del ser vivo, sea en la naturaleza o en los seres humanos, y en un ámbito que puede ser tanto personal como colectivo. Todos los sistemas conocidos participan en procesos de este tipo, que no se desarrollan sin períodos de ruptura y de discontinuidad. Los encontramos en la cosmología, en la bio-

logía, en la psicología, en la historia y en la sociedad. También en el progreso de los conocimientos y en el desarrollo de la vida espiritual. Todas las tradiciones de la sabiduría afirman que, de una manera u otra, las crisis no son solamente inevitables sino también necesarias, porque indican el paso de una etapa a otra. Este paso es siempre incómodo, difícil e incluso peligroso, porque se desestabilizan aquellos elementos que habían encontrado su equilibrio. Son necesarios la habilidad, el valor, el tiempo y la paciencia para lograr que dichos elementos consigan una renovada armonía.

El aspecto contrario de la crisis es la “homeostasis”, que pertenece también al orden de la naturaleza y de los seres vivos: es decir, la tendencia a la estabilidad. Sin esta característica, los procesos no se podrían consolidar. Al mismo tiempo, sin esta crisis, la estabilidad se convertiría en inacción o inactividad y se frenaría el crecimiento. La vida está atravesada por un misterioso impulso, un “siempre cada vez más”, un dinamismo que caracteriza también la esencia del carisma ignaciano. La vida se mantiene en un continuo desarrollo y las tensiones forman parte del proceso de cambio y de crecimiento.

### **Las crisis en el desarrollo del ser humano**

El crecimiento del ser humano no es lineal sino que discurre a tra-

vés de una serie de rupturas. La primera de ellas es el nacimiento, como la mayor crisis de nuestra vida, junto con la muerte, que es la última. Nuestra existencia constituye un segmento entre dos rupturas, entre las cuales tiene lugar un cambio cualitativo entre un modo de ser y otro diferente. El nacimiento comporta el abandono del seno materno para exponerse al desafío de la individualidad. El hecho de morir significa la separación de esta individualidad para entrar en otro modo de existencia.

Cada tipo de crecimiento comporta, asimismo, un tipo de crisis. La alimentación, por ejemplo, provoca una alteración al dejar la dependencia materna y se comienzan a ingerir alimentos sólidos, lo cual es paralelo a la aparición de nuevos órganos corporales como los dientes, que horadan las encías para aparecer. Después seguirá la ampliación del ámbito familiar y el primer impacto con la escuela, la primera salida, la relación con los maestros y otros compañeros, más allá de los progenitores y hermanos.

Con la pubertad experimentará el cambio hormonal -más turbador en las mujeres- y el despertar de la sexualidad, con todos los descubrimientos y turbaciones que ésta comporta. Las diversas etapas de los estudios, el ingreso en la universidad, el primer trabajo, el inicio de una relación, el destino a un país desconocido para llevar a cabo alguna misión, etc. Todo esto comporta el paso a través de des-

estabilizaciones, rupturas y nuevas adaptaciones. Así avanza la vida, haciendo camino continuamente, aunque a costa de abandonar los ambientes familiares para adentrarse en otros inexplorados.

Todo lo que hemos señalado respecto al desarrollo personal (ontogénesis), se puede aplicar también al desarrollo de la especie (filogénesis). Sin crisis, sin una discontinuidad que someta a prueba nuestra capacidad, continuaríamos siendo amebas (protozoos).

## **La crisis en el campo del conocimiento**

En los años sesenta del siglo XX, Thomas S. Kuhn (autor de la obra *La estructura de las revoluciones científicas*), sorprendió a la comunidad intelectual al señalar que las ciencias no avanzaban según un proceso acumulativo sino mediante crisis, discontinuidad y roturas. Su teoría relativa al “cambio de paradigma” mostraba que el conocimiento no progresaba o avanzaba de un modo lineal, sino mediante sucesiones de ciclos. En su estado normal, la ciencia no permite descubrir cualquier novedad práctica o teórica. Gradualmente, empiezan a aparecer anomalías, las cuales muestran que la naturaleza ha violado las expectativas con las que venía siendo observada.

Cuando aparecen nuevos fenómenos, al principio suelen ser ig-

norados, pero con el tiempo es preciso cambiar el método de abordarlos. Lo práctico tiende a lo teórico, pero éste –por la simple tendencia de la homeostasis– se resiste a aceptar la anomalía que señala lo práctico hasta que no aparezca una nueva teoría científica que sea capaz de integrar esta singularidad en un nuevo sistema conceptual que la pueda explicar.

Esto significa, a la larga, un cambio de paradigma. Hasta que no se haya producido este cambio, no se logra ver la importancia del descubrimiento que lo ha provocado. Es decir, una teoría científica se considera válida mientras no sea substituida por otra. Cuando Aristarco, en el siglo III a C., propuso la teoría heliocéntrica, ésta no fue admitida puesto que la teoría geocéntrica de Ptolomeo gozaba de un enorme prestigio y no había razón alguna para substituirlo. Con los estudios de Copérnico, Galileo y Newton se consiguió el cambio de paradigma.

## **Pasos necesarios para que se produzca un cambio de paradigma**

Sintetizando el proceso, los pasos necesarios para que se produzca un cambio de paradigma son los siguientes: 1) en primer lugar, existe la situación previa de la anomalía. Se percibe solo aquello que se espera, puesto que solo a esto se presta atención. 2) En segundo lugar, se manifiesta la aparición de la

irregularidad y esto comporta un reconocimiento lento y gradual, sea intelectual o por la observación. 3) En tercer lugar, se produce el consiguiente cambio de la categoría y del desarrollo del paradigma, acompañado de la inevitable resistencia de quien sostiene todavía el paradigma precedente.

La anomalía resalta solo sobre el fondo aportado por el nuevo paradigma. Cuanto más preciso es el modelo, tanto más resaltarán sensiblemente las anomalías. Las resistencias aseguran que ninguna ligereza hará cambiar el paradigma, hasta que la novedad no haya penetrado hasta el fondo del mismo. La aparición de nuevas teorías debe ser precedida de un período de profunda inseguridad. En la ciencia normal permanecen los enigmas pero se eluden. Cuando un gran número de anomalías hace insostenible el modelo establecido, aparece una nueva teoría como respuesta a la crisis.

Lo que Kuhn describió en el ámbito de la teoría científica, se puede ampliar también a muchos otros ámbitos: el económico, el político, el social, el religioso. Hoy día se habla de un nuevo cambio de paradigma que concierne a todos los órdenes: una manera de comprender la realidad menos analítica, más holística y menos repartida, más intuitiva y menos normativa, más femenina y menos masculina, que afecta al campo de la medicina, nuevos modos de representatividad ciudadana, el ambiente, una nueva espiritualidad que pone en

cuestión la rigidez de las religiones, etc. Todo esto forma parte de la crisis que estamos viviendo, pero que no manifiesta todavía los caracteres que han de emerger de ella.

## **El sentido de la crisis en la psicología contemporánea**

Stanislav Grof, uno de los fundadores de la psicología transpersonal, ha destacado la importancia de la crisis en el desarrollo de la vida espiritual. Frecuentemente éstas se presentan como una presión que ejercen en el yo consciente, que no cede fácilmente ante estas irrupciones. Es indispensable saber reconocer estas crisis de transformación. Grof distingue dos tipos: el *surgir* y la *emergencia* espiritual.

El *surgir* es fluido y fácil de integrar. Comporta una introducción gradual de nuevas ideas e intuiciones, con expansiones emotivas que son fáciles de controlar; otorga confianza al proceso y no es necesario hablar de cambio.

En cambio, las *emergencias* son explosivas y traumáticas puesto que superan el cuadro de conocimiento del que se dispone; las nuevas intuiciones amenazan el mundo que se conoce. Se da una ambivalencia entre consentir todas las experiencias que acompañan el proceso y rechazarlas por la turbación que provocan. Grof insiste en mostrar que tales manifestaciones

no derivan de turbaciones psicológicas porque éstas trastocan el psiquismo y su flujo de conocimiento es caótico y sin dirección alguna. En cambio, en la emergencia espiritual no se produce desorden alguno sino que tiene lugar una transformación del psiquismo.

### **Crisis existencial entre los cuarenta y los cincuenta años**

También Carl Gustav Jung se enfrentó a esta cuestión y reveló que entre los cuarenta y los cincuenta años suele ser frecuente sufrir una crisis existencial. Jung interpretó este hecho como una confrontación y una aceptación de la propia “sombra”. Es decir, en la concepción jungiana, esta sombra acumula los impulsos de la inconsciencia que reprime el yo consciente. Los impulsos son reprimidos pero no extinguidos, y se acumulan en el subconsciente, conformando una zona carente de atención y sin identificar, que se convierte siempre en un reducto más oscuro y más temido, sin que uno se dé cuenta del carácter explosivo que contiene.

En un momento determinado, esta acumulación de “sombra” se vuelve insostenible y presiona el yo consciente, y esto se experimenta como crisis. Jung afirma incisivamente que: “a partir de la mitad de la vida solamente permanece vivo aquello que quiere morir con la vida”. Es decir, es necesario morir antes de morir, como afirman

todas las tradiciones espirituales, si no se desea vivir muertos en la vida.

### **Animus y anima**

De forma simplificada, Jung señala que la energía fundamental del psiquismo está compuesta por un principio vital (*animus*) y por un espíritu (*anima*), es decir, por un principio masculino, activo y racionalizador y un principio femenino, receptivo y contemplativo. Cuando la primera parte de la vida ha sido fundamentada por uno de ambos principios se manifiesta una crisis, con el fin de que se pueda desarrollar el otro. De esta manera se puede avanzar en el proceso de la individuación, cuando ya se han asumido y recorrido todos los ámbitos y las posibilidades del propio psiquismo.

La crisis de la mitad de la vida ha sido denominada por algunos autores el “segundo viaje”. El primero sería el proceso que abarca de la infancia hasta la madurez, pasando por la adolescencia. El tercero sería la ancianidad con los últimos años antes de morir. Vamos a ilustrar este “segundo viaje” mediante tres testimonios distantes en el tiempo.

### **Tres testimonios del “segundo viaje”. Dante Alighieri**

El primer testimonio es de

Dante Alighieri, que inicia así su poema de la *Divina Comedia*: “A mitad del camino de nuestra vida/ me hallaba en una oscura selva/ porque había extraviado mi camino./ ¡Qué duro es decir cómo era esta selva salvaje, áspera y fuerte/ que me retorna el temor al pensamiento/ Es amarga como la muerte/ mas por tratar del mal que allí encontré/ hablaré de otras cosas que me ocurrieron/ Yo no sé repetir cómo entré en ella/ pues tan dormido me hallaba en el punto/ que abandoné la senda verdadera” (*Infierno*, I, 1-12).

La crisis se presenta a Dante como una selva oscura, salvaje, áspera y fuerte. Recordar este extravío le espanta, porque tiene un sabor de muerte. En realidad es así: el yo debe morir. Y en esta muerte está el camino hacia la vida. Se consigue el bien porque se encuentra en esta situación. El poeta declara que ignora por qué aparecen juntos. Aparecen tres bestias agresivas: el lince, como símbolo de la lujuria; el lobo, como símbolo de la codicia; y el león, como símbolo de la soberbia. Entra en las profundidades, acompañado por Virgilio, su *alter ego*, recorriendo los nueve círculos del Infierno, del Purgatorio y del Paraíso y llega hasta el centro, pero ya no acompañado por Virgilio sino por Beatriz, su *anima*.

Estos tres *parajes* no están situados fuera de él, sino dentro de él y se manifiestan en una cantidad de símbolos y personajes, que son expresiones y personificaciones de

estados psíquico-espirituales, los cuales, cuando aparecen, pueden ser asumidos. Sin esta toma de conciencia, la vida se estanca en repeticiones continuas. Solamente el verdadero encuentro con uno mismo permite avanzar hacia la plenitud.

## Teresa de Ávila

El segundo testimonio es de Teresa de Ávila. Ella ha experimentado la conversión a los cuarenta años, cuando “... ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar en las ruinas costumbres que tenía...” (*Vida*, 9,1). El factor determinante para vincularse realmente a la oración y dejar de perder tiempo en conversaciones y lecturas, fue ver la imagen de un Cristo lacerado. En aquel momento, Teresa no se resistió porque el malestar acumulado para eludir el propio cambio se convirtió decididamente en algo insostenible para ella. Cuando más tarde escribirá *El Castillo interior* (o *Las Moradas*), descubrirá que aún le faltaban todavía diversas etapas para recorrer.

Lo primero era decidirse a entrar en el Castillo, pero más adelante aparecerá otra alternativa igualmente radical. El pasaje de la Quinta a la Sexta estancia comporta la muerte del gusano en la crisálida: “Una vez ha crecido (...) el gusano empieza a elaborar la seda y a edificar la casa donde deberá morir”. Es decir, aquello que es un

punto de llegada es, al mismo tiempo, un punto de partida. No es necesario detenerse: "...Pues, adelante hijas mías, empeñaros en esta labor y tejer este capullo, dejando nuestro amor propio y nuestra voluntad (...) ¡Muera, muera ese gusano, como lo hace al acabar de hacer aquello para lo que fue criado! Entonces veremos a Dios y nos descubriremos tan unidos a su grandeza como el gusano lo está a su capullo". Consentir esta muerte sella el fin de la crisis. Solo cuando ha cedido lo antiguo, puede emerger lo nuevo.

### **Pierre Teilhard de Chardin**

El tercer testimonio es el de Pierre Teilhard de Chardin. Así lo refiere en el libro *El medio divino* escrito entre 1926-27. Se hallaba en China y llevaba varios años lejos de Francia. De esta forma describe la crisis que ha tenido hacia los cuarenta años: "Tal vez por primera vez en mi vida (y conviene tener en cuenta que suelo meditar todos los días), he cogido la lámpara y abandonando la zona aparentemente clara de las ocupaciones y relaciones cotidianas, he descendido hasta lo más íntimo de mí mismo, en aquel abismo profundo del cual siento emanar confusamente mi capacidad de obrar. Así, a medida que me alejaba de las evidencias convencionales que iluminan superficialmente la vida social, me di cuenta de que mi vida profunda me esquivaba. Por ca-

da peldaño que subía, descubría en mí otro personaje del que no podría indicar su nombre exacto, pero que ya no me obedecía más. Y, cuando me vi obligado a poner fin a mi exploración, porque el camino se angostaba bajo mis pasos, a mis pies descubrí un abismo sin fondo del cual brotaba, proviniedo de quien sabe dónde, un flujo que me atrevo a llamar *mi vida*".

El texto expresa muy bien aquello que experimenta una persona en una crisis: desaparece aquello que la sostenía hasta aquel momento, y esta persona percibe cómo su camino se angosta a sus pies. Una discontinuidad que Teilhard describe como una caída en el abismo. Pero, en lugar de retroceder, descende hasta el fondo, sin refugiarse en las evidencias convencionales. Solamente hasta haber alcanzado el fin de esta exploración y de esta expoliación, puede surgir el hombre nuevo.

### **La crisis en la vida del espíritu. Tauler**

Veamos con más atención cómo describe Tauler (siglo XIII) el sentido de esta crisis que, según él, se produce hacia la mitad de la vida. El mismo escribe: "El hombre puede hacer lo que quiera y empezar como le parezca, pero nunca alcanzará la paz verdadera ni será un bienaventurado según su naturaleza sin haber alcanzado antes los 40 años de edad. Hasta aquel momento el hombre está demasia-

do ocupado en una multiplicidad de cosas y la naturaleza le empuja aquí y allá. Frecuentemente ocurre que la naturaleza suele prevalecer en él, si bien el hombre cree erróneamente que se trata de Dios y así no puede alcanzar la paz verdadera y experimentar la bienaventuranza antes de ese tiempo”.

La edad de cuarenta años del tiempo de Tauler, correspondería hoy a un decenio más tarde. Pero, más allá de precisar o de discutir respecto a la edad en la cual se produce esta situación, la misma muestra que este tipo de crisis aparece en un estadio avanzado de la vida, cuando no se le presta atención. De hecho, este carácter sorpresivo es constitutivo de la crisis. Cuando todo parecía ordenado y para siempre, ¿qué se debe hacer cuando ésta llega? ¿Cómo reaccionar?

Tauler responde con firmeza: “¡Permanece en ti mismo y no retornes al exterior! ¡Soporta tu dolor hasta el fondo y no busques nada más! Algunas personas hacen precisamente lo contrario cuando se encuentran en tal situación de pobreza interior y buscan cualquier cosa diferente para sustraerse de esta manera a su incómoda situación. O bien se comienzan a lamentar e interrogan a cualquier maestro o entendido y acaban más equivocados aún en este camino erróneo. Sin dejarte vencer por duda alguna, permanece en ti mismo: después de la obscuridad, aparece la luz del día, el esplendor del sol”. Su certeza con respecto la fecun-

dad de este tiempo de crisis es radical: “Cuando uno se encuentra en pleno invierno, en un abandono árido y lóbrego, oprimido por una creciente obscuridad, esto es superior a cualquier placer que uno pueda concebir, a condición de que se mantenga en el mismo con una serenidad constante”. Tauler se permite ilustrar esto con la imagen de la serpiente que se debe liberar de su piel y se esfuerza en pasar entre dos piedras que la ayudan a desprenderse de ella: “Cuando la serpiente nota que su piel empieza a envejecer, y se va tornando arrugada y vieja, busca un lugar donde se encuentren dos piedras contiguas y se desliza rozando el estrecho espacio que permiten ambas piedras, de tal manera que se va soltando completamente la vieja piel mientras que debajo ya asoma la piel nueva. De forma semejante habría de hacer el hombre con su vieja piel, es decir, con todo aquello que proviene de la naturaleza, aunque fuese cosa grande y buena. De hecho, no son más que hábitos anticuados y llenos de errores. Por esto ha rasgado su piel entre dos piedras contiguas (...). Y entonces piensa: Si una criatura, sea cual sea su nombre, te priva de la prueba, destruye completamente el nacimiento de Dios en ti”.

La crisis es la estrechez entre las piedras por las que debemos pasar, para liberarnos de aquello que ya está arrugado y corrompido. La estrechez es la causa de la apertura. Es el pasaje previo inevitable. Transformar aquello que es



inevitable en un acto de abandono y de conciencia es incumbencia de la vida espiritual.

## Juan de la Cruz

Otro autor que trata de las crisis como de elementos ineludibles del propio camino es san Juan de la Cruz. Las llama “noches” y distingue entre las noches del sentido y las del espíritu que, a su vez, se dividen en activas y pasivas. Esto indica una sucesión de crisis cada vez más profundas, donde la transformación es más radical y se pasa del escoger al sufrir.

No puede haber crecimiento sin atravesar estas crisis: “Ya que Dios quiere despojarlo, de hecho, «del hombre viejo y revestirlo del nuevo creado por Dios en la novedad de los sentidos» como expresa el apóstol en Col 3,10. Despoja la facultad de los afectos y los conocimientos, tanto espirituales como sensuales, tanto exteriores como interiores, dejando vacío el intelecto, inerte la voluntad, vacía la materia, con una aflicción extrema, amargura y confusión respecto los afectos del alma. Se vacía la propia alma de las atenciones y placeres que experimentaba por los bienes espirituales, ya que este vaciamiento del alma es uno de los principales requisitos para introducirse y unirse al espíritu en su forma espiritual que es la unión del amor (*La noche oscura*)”. Este alejamiento y estas privaciones corresponden a la liberación de la piel

de la serpiente, con el fin de que se produzca un cambio de nivel.

## La tradición Zen

También está presente el tema de la crisis en la tradición Zen, cuando se habla de la *Gran duda* o bien de la *Gran muerte*. Solo es posible acceder a la verdadera percepción de la realidad en tanto muera el yo. Sin esta muerte, el mundo viene a ser nuestra propia proyección y solo contiene nuestra pequeña medida. El ídolo del yo se extingue solamente muriendo al yo y, de esta manera, se consigue la iluminación. El renacimiento solo es posible si no existe sombra alguna del *ego*. Para lograr la plenitud del vacío (*sūnyatā*), es preciso estar vacíos.

Afirma el filósofo japonés Keiji Nishitani: «La gran duda no solo representa el ápice del yo que duda, sino también el punto preciso de su “extinguirse” o dejar de ser “yo mismo” (...). Es aquel momento en el que el yo es al mismo tiempo el no-yo, es decir, el momento en el que acontece el así llamado “*lugar de la nada*”, donde se da una conversión más allá de la gran duda. Ésta emerge como apertura del *lugar de la nada*, como el campo de conversión de la misma gran duda. He aquí porque es “grande”».

Daisetsu Teitaro Suzuki, uno de los grandes maestros zen del siglo XX afirma: “Yo soy porque no

soy”. “En la gran muerte, cielo y tierra se renuevan”, y “bajo la gran muerte, el gran despertar”. El verdadero maestro es aquel que conduce sin concesiones al discípulo por este camino para que consiga despertar realmente, de la misma manera que la resurrección solo acontece después de la muerte.

El paso por la pasión originó la crisis de Jesús y también la de los discípulos. Solo prescindiendo de sus expectativas mesiánicas pudieron acceder al Cristo revelado y no proyectado. También san Ignacio de Loyola sufrió la herida que le hizo cambiar radicalmente el sentido de su vida. Sin la fractura (que fue real en su caso), no se hubiese cuestionado su pasado y no habría cambiado de camino.

### **Ante la situación colectiva actual**

Todo esto se puede –y se debería– aplicar al ámbito colectivo y al momento actual. La economía no está separada de los procesos de transformación social y humana. Estamos atravesando un momento muy difícil, si bien necesario, porque permite dar a conocer aquello que está latente, pero que no suele manifestarse en épocas de aparente bienestar. Todo el sistema económico y toda la sociedad generan “sombra”. El malestar actual es, precisamente, la manifestación de esta sombra que nos permite tomar conciencia de elementos cuya solución estaba en suspenso. Es la

gran oportunidad que se nos concede para tomar conciencia, ya que acogiendo la misma, podemos ascender hacia los valores humanos que el modelo en crisis ha descuidado.

Nos vemos empujados a caminar hacia una nueva sociedad, que no se fundamente en la avidez del tener sino en la cualidad del ser. El decrecimiento sostenible, del cual han hablado hace cierto tiempo economistas como Serge Latouche, comienza ahora a ser escuchado. Lo ha expresado bien el cantautor argentino Facundo Cabral : “Poseer menos para tener más”.

Hace ya muchos decenios que Gandhi soñó para la joven India una independencia que la convirtiese en un modelo diferente al de Occidente y que, en vez de aspirar a la abundancia, descubriese los valores de la sobriedad y de la alegría de vivir con lo necesario, día a día. No disponemos de una perspectiva suficiente para tener en cuenta lo que estamos viviendo.

En los procesos de transformación, Teilhard de Chardin distinguía entre una energía tangencial y una energía radial. La primera es lineal y cuantitativa, mientras que la otra es cualitativa. Cuanta más energía cualitativa, tanto más se produce un salto radical, que no tiene lugar sin una ruptura.

Teilhard intuía que la actual interrelación entre la civilización debía cambiar la energía tangencial por energía radial lo cual provoca-

ría un nuevo *phylum* evolutivo. Observaba que, al acercarse este cambio de dirección, se aceleraba el proceso, como sucede con las moléculas cuando sufren un calentamiento. Después de la dispersión inicial de la civilización, con la modernidad se ha producido una progresiva concentración, y esto provoca una fricción mayor. Y esto, a su vez, produce una dilatación mayor y una extensión de la espe-

cie que, pese a las apariencias, camina, según la visión de Teilhard, hacia una articulación fija absoluta o coalescencia que dará lugar después a una filogénesis.

Esta clave de lectura nos coloca en una perspectiva que, sin ser ingenuos, nos permite entrever con esperanza un cambio planetario que, indudablemente, nos supera.

**Tradujo y condensó: JOAN PUIGGRÒS**

---

“Tradicionalmente, el mensaje evangélico se ha alineado acríticamente del lado de la utopía. La Buena Noticia presentada bajo los contornos edulcorados de una sociedad paradisíaca ha sido una utopía comúnmente aceptada como ideal apetecible por todos. Sin embargo, basta con fijarse en el destino trágico de Jesús y en el de los mártires cristianos de todos los tiempos para concluir sin ambages que el horizonte del Reino de Dios es fundamentalmente distópico. A lo largo de la historia, los guardianes del *status quo* siempre han visto con malos ojos cualquier intento de construir una sociedad justa, fraterna e igualitaria”.

JOSÉ LAGUNA, ¡Ay de vosotros... *distopías evangélicas!*, Cristianisme i Justícia n. 181, pág. 3.